

Donde Nadie Imagina

Robe Ferrer



Capítulo 1

Madrid; año 2002. En plena lucha callejera entre el alcalde y su policía y los jóvenes de la ciudad por ocupar los parques y plazas de la misma para hacer botellones, un grupo de valientes muchachos se atreven a hacer un botellón en el Parque del Oeste.

Alfonso era uno de esos jóvenes, aunque no sabía muy bien que era lo que hacía allí. No conocía absolutamente a nadie de las personas que allí se encontraban; eran personas de la clase de su novia. Ella le había convencido para que fuera, le había asegurado que se lo pasaría bien; pero a la hora y media de empezar el botellón su chica se tuvo que ir a una cena familiar.

– , cari, me tengo que ir a casa de mis tíos que hoy cenamos allí– le dijo ella amablemente.

– No me jodas, ¿y para eso me haces venir? Si lo llego a saber me voy con esta gente después del cine– respondió visiblemente malhumorado Alfonso. – Venga, no te enfades. Si esta peña es muy maja, ya verás como te caen bien. – Pero Maite, esto me lo podrías haber avisado antes. – Es que si no, no vienes. Bueno me voy.

Alfonso a veces se asombraba de lo egoísta que podía llegar a ser Maite. Le hace ir a un botellón en el cual no conoce a nadie y para colmo de males ella se va a cenar a casa de sus tíos dejándolo allí solo con una decena de personas que no conocía. Esa tarde Alfonso había estado en casa de su amigo Javi con Maite y otro amigo que se llamaba Jorge. Posteriormente habían ido los cuatro al cine y, mientras él estaba en una mierda de botellón, sus amigos habían ido a una fiesta en la plaza de

toros de Leganés.

Él se moría de ganas de ir a esa fiesta pero a su novia no le gustaba ese tipo de fiestas y para que ella no se enfadara acabo por ir a un botellón. El peor botellón de toda su vida.

Cuando su novia se fue, él quiso acompañarla pero ella se negó diciendo que tenía mucha prisa y que no se podía entretener. Luego salió corriendo sin darle un beso de despedida siquiera. Siguió con la mirada la marcha de su novia hasta que se perdió tras una pequeña elevación del parque. Como sus amigos se habían ido y no volverían hasta tarde y su novia también se había ido decidió quedarse en el botellón, beberse un par de y luego volverse a casa.

Después de que su novia desapareciera tras aquel montículo se dispuso a coger un para beber; giró la cabeza y lo primero que vio fue a un chico bastante estrafalario hurgándose en la nariz. La visión le pareció horrible, le dieron hasta ganas de vomitar. El chico era de lo más raro que jamás hubiera visto. Llevaba una perilla con los cuatro pelos que tenía, largos hasta la ridiculez y en el resto de la cara nada de vello.

Se hizo con el sin levantar la vista para no ver otra vez a semejante personaje y le dio un par de tragos. Cuando se separó el vaso de los labios llegó una chica y se sentó a su lado y se puso a hablar con él. Maite se la había presentado pero no recordaba su nombre. ¿Alicia? ¿O era Susana? No le importaba, no quería hablar con ella; lo único que quería era hacer un poco de tiempo para no llegar a casa tan pronto. Mientras la chica le hablaba miró su reloj y se asombró de la hora. ¡¡Sólo eran las diez y media!! No pensaba llegar a casa tan pronto, porque no tenía sueño lo primero y porque no había

nada en la televisión para matar el rato.

– ¿Desde cuándo sales con Maite?– le preguntó la chica tras un par de frases a las que Alfonso no les prestó mucha atención.

-- esas fueron las primeras palabras que se escurrieron de su mente. Pero no las pronunció.

– Desde hace dos años– contestó con un tono de . Pero la chica no pareció captarlo y continuó haciéndole preguntas.

– ¡Qué suerte que tiene!– exclamó la chica–. Estás muy bien, ¿sabes? Es una pena que seas el novio de Maite. Yo no tengo novio, ¿sabes?

Alfonso empezó a pensar que cuando pillara a su novia le iba a pegar dos hostias por haberle hecho aquella faena. Encima el día de la fiesta en la . Se las iba a pagar, y con intereses. Y, para colmo, la gilipollas esa no dejaba de contarle su vida; como si a él le importara.

– ... Pues resulta que lo dejamos porque él quería hacer ciertas cosas que yo me negaba. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? – Sí. Oye pásame le vaso que quiero darle unos tragos.

Había contestado que de forma instintiva porque realmente no le estaba prestando atención a aquella pesada con forma de amiga de su novia. Tomó el que le acababa de pasar y comenzó a beber; estaba casi lleno pero no pensaba dejar ni una sola gota. Inclino el vaso hacia sus labios y comenzó a engullir el líquido que contenía: vodka con limón. La ardiente mezcla le atravesó la garganta y el esófago como una caravana de cerillas encendidas. Al bajar el vaso vio la solución a su aburrimiento, el fin de todos sus problemas se hallaba a unos cien metros de él. Era José María, un viejo amigo del instituto al que hacía dos años que no veía. No podía negarse a tomar una copa con él. No podía tener tan mala suerte en un mismo día. Se levantó con una sonrisa en los labios y se encaminó hacia donde estaba su colega.

– ¿Dónde vas?– le preguntó Alicia, o Susana; el nombre era lo de menos.

– Acabo de ver a un amigo y voy a saludarle.

Alfonso llegó a la altura de su amigo que iba a tirar una botella a la papelera.

– , tío. ¿Cómo estás?– saludó efusivamente Alfonso. – ¿?; , tío cuanto tiempo– ambos se fundieron en un abrazo–. ¿Qué haces por aquí? – Nada, es una historia muy larga. Ya te contaré. ¿Y tú?

– Yo estoy con unos amigos. Íbamos a ir ahora a los que tenemos unos pases . ¿Te apuntas? – De acuerdo.

Ambos se fueron con los amigos de a un local llamado situado en los . A la vez que ellos abandonaban el entraba por el mismo lugar un chino vendiendo rosas y pequeños juguetes. Cuando llegaron a había una cola impresionante, cerca de quince personas. Demasiadas para lo malo que era el local. Se pusieron a la cola y tras ellos otro grupo de ocho personas, cinco de ellas chicas. Ya casi les llegaba el turno; a todos los que iban delante de ellos les estaban pidiendo el carnet de identidad.

– Chicos, sacad el DNI que se lo piden a todo el mundo– anunció uno de los amigos de .

Todos iban carnet de identidad en mano. Todos excepto Alfonso que no encontraba el suyo. y sus amigos pasaron mientras Alfonso se rebuscaba el carnet por todos los bolsillos de su ropa. – Mierda, no encuentro el carnet. – Lo siento pero sin carnet no puedes pasar– le informó el portero del local. – Pero si están mis amigos dentro– protestó Alfonso. – Son normas del local. – Pero si tengo veintiuno.

En la cola la gente se empezaba a desesperar. Una chica chasqueó la lengua y dijo algo así como .

– Por favor, apártate de la entrada que estás obstruyendo el paso de los demás– le pidió el portero retirándole suavemente hacia un lado. El resto de la

gente continuó enseñando su DNI y pasando al local.

Alfonso, desesperado, se volvió al lugar donde había estado haciendo el botellón. Cuando llegó la gente iba demasiado borracha, posiblemente ninguno lo reconociera. Pero por suerte (o por desgracia) para él la chica que le había dicho que era una pena que fuera el novio de Maite sí que lo reconoció. Cuando lo vio llegar corriendo a lo lejos se le iluminó el rostro y se levantó para recibirle.

– ¡Hola!– exclamó–. Veo que has vuelto.

Alfonso buscaba como un desesperado su carnet de identidad. Buscó por el suelo, por el camino que lo había llevado hasta su viejo amigo , por donde estuvo sentado... pero fue inútil, no encontró nada de nada.

– Oye Alicia, ¿has visto mi DNI?– preguntó desesperado a la chica zarandeándola por los hombros. – Yo no me llamo Alicia– respondió la chica–. Me llamo Rocío. – Da igual, ¿lo has visto o no?

– No, yo no he visto nada– dijo. Y alzando la voz para que la escucharan todos los presentes repitió la pregunta que un instante antes le había hecho Alfonso a ella–.

¿Alguien ha visto un DNI? – No– contestaron unos. – Yo sí, el mío– respondió un gracioso al que Alfonso no pudo identificar. – Joder– masculló Alfonso–. Si es que todo lo malo me tiene que pasar hoy a mí. ¡Manda huevos!

– ¿Se te ha perdido? No te preocupes, ya verás como lo tienes en algún bolsillo en el que no te hayas mirado; o a lo mejor te lo has dejado en casa– intentó animarle Rocío.

– Nunca lo saco de la cartera. Y la cartera está en mi bolsillo– respondió con cierto nerviosismo.

En ese instante y para acrecentar la tensión y nerviosismo que tenía Alfonso apareció el chino que había entrado en el parque cuando él salía con y sus amigos. Intentaba vender algo a los demás y como no lo consiguió se

acercó a Alfonso
y a Rocío.

– – dijo el chino. – Lárgate – dijo con desprecio Alfonso–. No estoy para gilipolleces.

– .

El chino le mostró a Alfonso un muñeco del personaje protagonista de los dibujos ; lo apretó y el muñeco iluminó sus ojos y dijo su nombre con una gracia especial que hizo reír a su portador. Pero no a Alfonso. El chino continuó su ronda de venta.

– Joder, ¿dónde coño puede estar el puto DNI? Está claro que aquí no– reflexionó en un instante Alfonso–. Tengo que buscarlo por los lugares donde he estado esta tarde. – Espera que te acompaño– le dijo la chica. – ¡NO!– gritó Alfonso–. Ya voy yo solo.

Salió corriendo en dirección a la calle Princesa, por la que había bajado con Maite desde el cine hasta el botellón. Habían estado en los viendo una película que a Alfonso le había parecido muy aburrida. Sin embargo, a su amigo Javi y a Maite les había gustado.

Como un poseso se puso a buscar a lo largo y ancho de la acera por la que habían ido. Caminaba despacio con la cabeza agachada, moviéndola con un gesto muy nervioso. La gente se le quedaba mirando como si fuera un loco; quizá un psicópata que buscara una víctima para violarla y matarla. Los que se atrevían a pasar cerca de él podían notar un cierto olor a alcohol y a sudor. Llegado al de Princesa se recostó cansado contra la marquesina del autobús. Le dolía la espalda, estaba cansado de caminar y para colmo tenía un hambre atroz. De golpe le vino a la mente que quería un cigarro. No solía fumar pero en esa ocasión mataría por tener un paquete de tabaco y fumárselo entero. Sabía que con ello no recuperaría su carnet pero quizá le ayudara a relajarse un poco; estaba hecho un manojo de nervios.

Vio pasar a una chica y le pidió un cigarro. La chica le mintió diciendo que no tenía y en cuanto se separó un poco de él apretó el paso casi hasta la carrera y desapareció de su vista en un instante. Probó de nuevo suerte con una pareja de chicos un poco menores que él. Los chicos se quedaron parados, pálidos. – Toma, coge lo que quieras pero no nos hagas daño– le pidió uno tendiéndole la cartera. Alfonso lo miró con extraña piedad por aquellos niños. No sabía qué hacer; cuando no pudo contenerse más le soltó un bofetón al chico que le ofrecía la cartera.

– ¿Pero tú eres gilipollas o qué? Te he pedido un cigarro, sólo quiero un cigarro.
No quiero robarte. ¡SÓLO QUIERO UN CIGARRO!– ¿
Le dijo una voz en su interior–. Pues claro que no, lo que quiero es mi DNI pero ese cigarro me servirá para relajarme un poco.

Mientras Alfonso hablaba consigo mismo los dos chicos se fueron corriendo lejos de aquel loco. Alfonso al verlos ir se maldijo a sí mismo por haber perdido el control y haberle zurrado a aquel pobre chico que no tenía culpa de sus problemas. Como por una mágica señal miró el reloj. Marcaba las 0:32. Si no se daba prisa el cine cerraría y no podría mirar si se encontraba allí su carnet. Apretó el paso sin dejar de mirar al suelo por si lo veía tirado en alguna esquina pisoteado por decenas de personas descuidadas que, para suerte suya, no lo habían cogido. Llegó al cine sin encontrar lo que buscaba. En la taquilla se encontraba una chica haciendo recuento de las ganancias. No era la misma chica que les había vendido las entradas a ellos; esta era mucho más joven que la otra, quizá fuera hasta de su edad. Se acercó casi corriendo. – Oye, perdona...– comenzó a decir.

La chica alzó la vista y se asustó. – Vete ahora mismo o llamo a seguridad– dijo la chica. ¿Qué le pasaba a todo el mundo aquella noche?, ¿tan mala pinta tenía?

– No, sólo quiero preguntarte a ver si alguien os ha dado un DNI que se haya

encontrado en la sala. Es que lo he perdido; estuve aquí esta tarde y posiblemente lo perdí en la sala.

– Perdona, pero vamos a cerrar ya. Pásate mañana y pregunta– le dijo la taquillera antes de bajar el cierre.

– Pero... espera, es muy importante. Oye. MIERDA PUTA– gritó a la vez que golpeaba el cristal de la taquilla con el puño. El reflejo del cristal pudo mostrarle la visión que tenía la gente de él. Tenía los ojos inyectados en sangre, se le había marcado una vena de la frente. Su histerismo se había convertido en un en el ojo derecho. Si él mismo se hubiera encontrado con un tipo como el del reflejo también hubiera pensado que era un o un ladrón de poca monta.

Comenzó a caminar sin rumbo fijo por alguna calle que lo llevaría a cualquier lugar. Salió por la calle de los y se encontró con dos Policías Municipales con cara de sueño. Probablemente llevaran muchas horas sin dormir; quizá demasiadas. – Oigan, perdonen– llamó Alfonso. – ¿Sí?– preguntó uno de los dos policías.

– Verán... es que he perdido mi carnet de identidad. ¿Que debería hacer?, ¿debo poner una denuncia?

– ¿Para el DNI?– preguntó sorprendido el otro policía. Los dos agentes comenzaron a reír–. Pero si eso lo encuentras en menos de cuarenta y ocho horas.

– ¿Lo perdiste aquí?– preguntó el primer policía sin dejar de reír.

– Sí. No. No lo sé– contestó Alfonso confundido–. Yo venía de casa de un amigo al cine caminando con mi novia y otro colega; no estoy seguro de donde lo he perdido. – Tranquilo que si sigues buscando lo encuentras.

Alfonso, desolado, se fue apartando de los policías que comenzaron una conversación entre ellos. Dicha conversación le interesaba a Alfonso.

– Pues anda la de carnets que nos encontramos nosotros en Plaza de España
todas las mañanas de los lunes...

Alfonso se giró. Entonces el primer policía le dijo, apoyando lo que acababa de decir su compañero.

– Es cierto. Los menores los usan para pasar a los locales y luego los tiran por ahí. En la Plaza de España hay muchos. Quizá el tuyo esté ahí.

El chino del parque se acercó a Alfonso poco después de que se separara de los policías.

– .

– Vete a la mierda– dijo Alfonso en un tono superior a lo normal. Los dos policías se giraron.

– ¡Eh! Tú– llamó uno dirigiéndose al chino. Éste echó a correr y los dos policías tras él. Alfonso se quedó dudando un instante y enseguida fue a cruzar la calle que lo separaba de Plaza de España.

Entró en la plaza y se dirigió hacia la estatua de porque allí vio a un grupo de chicos más pequeños que él tirando algo al suelo. Ese algo podrían ser carnets, y entre ellos podía estar el suyo. Sin pensárselo dos veces se acercó al lugar donde los chicos habían tirado los supuestos carnets, pero lo que realmente habían tirado eran pases de una discoteca que les habían sobrado. Algo decepcionado, continuó la búsqueda pero allí no encontró ningún carnet de identidad. Tras veinte minutos de búsqueda decidió irse a casa. Empezaba a ponerse malo por el ajetreo de aquella maldita noche. Caminó hasta la parada del autobús que lo llevaría a Cibeles y luego a su casa.

Se sentó en el banco de la marquesina a esperar. Le apetecía fumarse un cigarro, pero no tenía porque él no fumaba casi nunca. Por fin, tras quince minutos de espera apareció a lo lejos el N-18. Se puso en pie y metió la mano en su bolsillo

para sacar el abono transportes. – Joder– masculló–. ¿Dónde he puesto el abono?

Continuó buscando su abono hasta que llegó el autobús. La gente que estaba en la cola se fue subiendo al autobús, Él tuvo que apartarse para dejar pasar a la gente que sí tenía billete. El conductor de autobús se cansó de esperar a Alfonso y se fue. Un chico llegó corriendo cuando el autobús había iniciado ya su marcha.

– Mierda– dijo el chico–. Oye, ¿suelen tardar mucho?– preguntó dirigiéndose a Alfonso. – Que me dejes– contestó éste irritado. Luego comenzó a andar.

El chico, extrañado, se quedó mirando como se iba.

Alfonso ya no sabía a dónde ir, no sabía dónde buscar. De repente una idea surcó su mente. Claro, como no le había ocurrido antes. Su abono y su DNI tendrían que estar en casa de Javi; allí era donde había iniciado la tarde y allí tendría sus cosas. Con más decisión de lo normal en estos casos Alfonso se encaminó a casa de Javi que vivía por Tribunal. Cuando llegó se colocó bajo la ventana de su amigo con una piedrecitas. En un principio pensó en llamar al telefonillo, pero luego pensó que sus padres podrían haber adelantado el viaje de vuelta en un día y podían estar en casa. Lanzó cuatro piedrecitas con tan buena puntería que las cuatro impactaron en el blanco.

Javi se asomó a la ventana envuelto en una sábana. Se detuvo unos instantes para echar cuentas de la temperatura antes de preguntar a su amigo porqué estaba allí.

– ¿Qué coño haces aquí a estas horas tirando piedras a mi ventana? ¿Sabes la hora que es y el frío que hace?– dijo Javi. – Oye, Javi, verás, es que he tenido una puta mierda de noche, primero estuve en un botellón con amigos de Maite a los que no conocía, luego me piré con un colega a un

local y no encontraba el DNI, lo he buscado por todos los sitios donde he estado y nada,
he perdido el abono y para colmo un puto chino me sigue intentando vender rosas.

– ¿Y por eso vienes a despertarme? – No. Bueno sí, venía a ver si mis cosas están aquí. – Aquí no hay nada. Por tu culpa estoy pasando un frío de cojones.

– Ábreme un segundo y los busco. – Que no, coño. Ya te he dicho que en mi casa no hay nada tuyo.

Javi comenzó a cerrar la ventana. – Javi. ¡Javi! Espera un poco.

– Que me estoy congelando y tengo sueño, busca en otro lado que aquí no hay nada. Adiós– Javi cerró la ventana sin dejar que Alfonso dijera una palabra más.

– Me cago en la puta. ¿Esto es un amigo?– se dio la vuelta y volvió por donde había venido–. Ya solo faltaba que mi novia me dejara.

Pero Javi le había mentido, en su casa sí que había a Alfonso. Cuando cerró la ventana y se dio la vuelta una chica se acercó y lo abrazó.

– ¿Ya se ha ido?– preguntó la chica. – Sí, no te preocupes– contestó Javi besándola en la frente. – Por un momento creí que me iba a pillar.

La chica era Maite, la novia de Alfonso. Llevaba dos meses acostándose con Javi a espaldas de Alfonso.

Alfonso, mientras, había llegado al final de la calle y se había sentado en la acera. Estaba hecho polvo. Deseaba que todo aquello fuera un sueño. Cerró los ojos con la esperanza de que al abrirlos se encontrara en su habitación, en su habitación calentito y sin ninguna preocupación. Sin embargo, al abrir los ojos lo que se encontró fue al chino de las rosas de nuevo.

– . – Déjame en paz– le dijo Alfonso lúgubrememente. –

¿Qué quieres decir con eso?– preguntó Alfonso poniéndose en pie con un

atisbo de esperanza.

- .

Alfonso se quedó como petrificado mirando al chino. Como podría saber aquel hombre lo que a él le pasaba. En el rostro del chino se dibujó una leve curva parecida a una sonrisa maliciosa.

- El Coleccionista.

- ¿Cómo has dicho?- preguntó Alfonso visiblemente nervioso.

- . - Pero, ¿adónde?- quiso saber Alfonso.

- . .

El chino comenzó a andar. Alfonso no sabía qué hacer. Cuando el chino dobló una esquina y Alfonso lo perdió de vista fue cuando reaccionó y corrió tras él. Sin abrir la boca Alfonso siguió al chino hasta la casa de que se encontraba en la calle Génova. - Oye antes de entrar quiero preguntarte una cosa- dijo Alfonso.

- . - ¿Por qué le llaman ?

- . - No entiendo porqué alguien quiere poseer tantas identidades.

- El Coleccionista

- ¿Loles?- preguntó Alfonso sin saber a qué se refería su acompañado. - ¡is!!- contestó el chino ofuscado-. . - ¡Ah! Roles.

- .

El chino empujó la puerta del portal que se abrió sin oponer la mínima resistencia. Luego subieron hasta un cuarto piso que era donde vivía . El chino llamó al timbre un par de veces, el eco se escuchó durante algunos interminables segundos. Al poco la voz de un anciano llegó desde la lejanía del inmueble. - Ya voy, ya voy, que estoy muy mayor para estos trotes- dijo

.

La puerta se abrió, y lo primero que vio fue a Alfonso con la cara demacrada por el cansancio de la búsqueda y la angustia de no

encontrar lo que buscaba. Lo primero que vio Alfonso fue a un viejo con pijama y bata, despeinado e inclinado hacia delante. La siguiente visión de fue el chino con las rosas. Cuando lo vio intentó cerrar la puerta con rapidez. – No quiero comprar nada– dijo . – ¡– le dijo el chino parando la puerta con una mano–.– luego empujó la puerta para entrar con Alfonso.

– ¡Oh!, claro; pasad, pasad– dijo con un tono muy hospitalario a la vez que abría más la puerta para que el chino y su acompañante pasaran–. Poneos cómodos, creo que tengo cerveza en la nevera...

En la entrada había un florero con rosas, cuando se dio la vuelta el chino las cogió y se las guardó en la espalda.

–, ...

Al fondo de la casa, en lo que debía ser la cocina, se escuchaba la voz de y ruido de aparatos de cocina. – También tengo whisky, o mejor prefieras algo para picar.

En un primer momento Alfonso se había asustado un poco pero luego, como parecía amable, lo siguió hasta la cocina una vez que el chino se hubo ido. – Estoy buscando algo para que tú te tomes– le indicó . – No gracias, no quiero nada. Sólo quiero mi DNI. – ¡Ah!, sí, carnets, carnets... ¡identidades!– dijo . Se había puesto nervioso, era como si se hubiera vuelto loco.

Antes de que Alfonso pudiera decir algo salió corriendo y se metió en una habitación cerrando de un portazo. Cuando por fin reaccionó, Alfonso abrió la puerta que unos instantes antes se había cerrado de golpe. Al empujarla se encontró a sentado sobre un montón de carnets de identidad. ¿Cuántos DNIs podría haber allí?, ¿cientos?, ¿miles? Alfonso no podía siquiera dar un número aproximado.

– Mi tesssssoooooooooo– murmuró . A Alfonso le recordó a

, el corrupto de cuando hablaba del .

– ¡Dios mío!– exclamó Alfonso al ver aquel cuadro.

– Este es Sergio Blasco– le dijo mostrándole un DNI a Alfonso–. Un hombre muy nerrrrrrrvioso. 12-12-97. Aquel otro es de Ana María Chico, pobrecilla, no “duró” mucho desde que “perdió” su carnet . 6-5-00. Ese de allí era...

– ¡Ya basta!– ordenó Alfonso–. Yo sólo quiero mi DNI. ¿Lo tienes tú? – ¡Pero tú quién te crees que eres, gilipollas! ¡Estás en mi casa!; te traeré lo que quiera cuando yo quiera. ¡Todo el mundo exige mucho y no ofrece nada!– de pronto pareció calmarse–. ¿Cuándo lo perdiste?

– Hoy mismo, bueno ayer, porque estábamos en ayer, aún no era mañana; es decir, hoy. – No lo tengo. – ¿Cómo que no lo tienes?

– Ay, mi niño, hace más de una semana que no recojo ningún carnet para mi colección. Pero siempre que quieras algo ya sabes donde acudir. Y si no quieres tu DNI para nada tráemelo– dijo en tono maternal.

– ¡¿Y tanta chorrada para esto?! Eres un maldito lunático. Dudo que esto sea legal, tendría que denunciarte– Alfonso había perdido toda su paciencia, tomó un puñado de carnets y los lanzó a la cara de aquel viejo loco.

– Yo no quería, mama... de verdad, perdóname. No lo volveré a hacer– contestó esta vez imitando a un niño pequeño.

Alfonso abandonó la casa de aquel lunático. Su enfado se había incrementado. Estaba perdiendo el tiempo. Y todo por culpa de aquel puto chino que lo había estado siguiendo toda la noche. Como volviera a verlo le iba a pegar una paliza que se le iban a quitar las ganas de seguirlo. Cuando Alfonso salió de la casa de , éste corrió a su cuarto y se abrazó a un viejo peluche sin ojos que tenía sobre

su cama. En posición fetal, con el peluche en una mano y la otra con el pulgar en la boca, le asaltó el sueño y se lo llevó a su reino.

Alfonso había llegado a la calle. Caminó en dirección hacia Cibeles para coger el . Pero eran ya las seis pasadas. A esa hora los nocturnos ya no circulaban, pero sí el metro y los autobuses urbanos. Decidió coger un autobús. Cuando iba hacia la parada se dio cuenta que tampoco tenía su abono. Le tocaría irse andando a casa. Si se daba prisa tardaría sólo veinte minutos.

Camino de su casa, por la Gran Vía se encontró en un banco los restos de un botellón. Pensó que aquel botellón era una batalla más ganada contra el alcalde y su . Se sentó en aquel banco. En una botella aún quedaba algo de ron, en otra un poco de limón, en la de más allá había cerveza y ¡sorpresa!, en el suelo un paquete de tabaco con mechero incluido. Mezcló el ron con el limón y comenzó a beber. Estaba demasiado cargado y sabía a rayos. Se encendió un cigarro que le supo a gloria después de tanto ajeteo. Al cabo de diez minutos se había acabado la bebida, el cigarro y se había quedado dormido. Cincuenta minutos más tarde despertó sobresaltado, ¡se había quedado dormido! Se puso en pie y corrió hacia su casa. En quince minutos llegó. – Hogar, dulce hogar– pensó–. ¿Dónde mejor que aquí podría estar?

Estaba abriendo la puerta de su vivienda cuando una vecina, la más cotilla de la escalera, apareció por allí.

– Hola Alfonso, ¿eres Alfonso, verdad?– saludó–. Es que hace tanto que no te veo. Como has crecido. ¿Llegas ahora?, ¿saben tus padres que llegas a estas horas? Era este fin de semana cuando se iban a Andorra, ¿verdad? Que bien que viven algunos.

Con cara de muerto y sin escuchar a la vecina, Alfonso abrió la puerta de su casa y se metió dentro. En el mueble de la entrada estaba la nota que le

habían dejado sus
padres el día anterior por la mañana cuando salieron hacia Andorra, las
cartas y la
publicidad que había sacado del buzón y... ¡SU DNI Y SU ABONO! Habían
estado allí
todo el tiempo; los había dejado el viernes por la tarde y allí seguían.

Alfonso estaba derrotado, había recorrido casi todo el centro de Madrid en
busca
de los objetos que se encontraban en su casa. Además de cansado tenía
hambre. Se
metió en la cocina y comenzó a prepararse un desayuno. Su perro entró
en la
cocina desde la terraza meneando el rabo por ver a su amo; él también
estaba
hambriento y con necesidades imperiosas de bajar al árbol más cercano.
Su amo le
sirvió un poco de comida que el can devoró con tanta avidez como Alfonso
la suya.

Una vez que acabaron de comer Alfonso cogió la correa de y se la ató al
collar, cogió su DNI y su abono, salieron de la casa y Alfonso echó el
cierre de la puerta
con dos vueltas de llave. Luego se guardó el abono y su carnet de
identidad en el
bolsillo trasero del pantalón. O, al menos, eso fue lo que él pensó. El
abono sí que se lo
guardó, sin embargo, el DNI se le resbaló por el exterior del bolsillo y cayó
al suelo. Se
subió al ascensor con . Su DNI permaneció en el suelo menos de dos
minutos;
cuando Alfonso se subió al ascensor, apareció de detrás de una
columna y sonrió mientras se hacía con el documento de identidad de
Alfonso.

– El que pierde su identidad lo pierde todo– dijo . Guardó el
DNI y se fue a su fortaleza.

Febrero de 2002

